

De dueña a esclava: breve esbozo de una tipología femenina

POR
BEATRIZ MONCÓ REBOLLO

«... Las mujeres sólo servimos de materia al edificio de sus hijos, en no siendo para esto, ¿qué oficio adquirimos en la república?, ¿qué gobierno en la paz?, ¿qué bastón en la guerra?».

(*La Dorotea*, Acto I)

I

Cuando Lope de Vega pone en boca de Gerarda las palabras arriba citadas no hace sino reproducir la opinión de sus contemporáneos. En efecto, la barroca sociedad española parecía creer firmemente en la superioridad masculina. La mujer, en la mayoría de los casos, debía someterse a la autoridad del varón recluyéndose en su hogar y dedicando su vida y esperanzas a su esposo e hijos. Estamos, en principio, ante una sociedad predominantemente varonil en la que el hombre dispone, ordena, domina, ejecuta y reclama en sí y para sí cualquier derecho de acción y pensamiento. Nos encontramos en una *macho-society* creada por y para el hombre, que sólo consiente la presencia femenina para «parir y criar sus hijos», ya que en el caso de la mujer «sea, en efecto, casada, soltera, viuda o doncella, todas traen su inconveniente»¹.

Cualquier estudioso del tema femenino sabe que el ámbito ideacional y el fenomenológico no encájan a la perfección. Ya en otra ocasión² dejé constancia de mi temor a las generalidades sobre la mujer e incluso a considerarla como paradigma de la pasividad y la debilidad. Bien es cierto que toda sociedad marca unos patrones de comportamiento, delinea unos carriles, por los que pretende discurrir los sujetos elegidos. Así, en efecto, por el raíl de la sumisión y obediencia, del recato, de la virtud, del comportamiento hogareño, del amor maternal y del acatamiento sin juicio debe caminar el comportamiento femenino. Pero —me pregunto—, ¿de qué mujer se pretende eso?, ¿quizá una mujer viva y palpitante puede, sin más, caminar por tan perfecta senda?, ¿existe ese tipo femenino?, ¿es real?

Evidentemente, las anteriores premisas son marcos de referencia que vocean un ideal femenino. Es claro que las mujeres de carne y hueso viven entre el ideal y el antiideal; esto es: la realidad social pone de relieve que la mayor parte de los seres están a caballo entre dos polos

(positivo-ideal/negativo-anti-ideal) o viven en espacios intersticiales que reflejan la rigidez e inviabilidad de las dicotomías (y de las ideas-valores) polares. Así, las mujeres de existencia real serán buenas y malas según los casos, las ocasiones, los deseos y las circunstancias. Las mujeres son, simplemente, personas que juegan el papel que les han dado como quieren o pueden. Y a este papel que implica una determinada tipología voy a dedicar unas líneas. En concreto me referiré a dos tipos femeninos que pueden ser, a la vez, semejantes y contradictorios: la dueña y la alcahueta. Dos tipos de mujeres que reflejarán ideas, sentimientos, vivencias y creencias. Mi material etnográfico lo constituirá tanto las fuentes literarias (en especial, Lope de Vega) como las noticias de la época. El conjunto nos hará revivir un cautivador retazo de la cultura hispana que aún tiene plena vigencia tres siglos más tarde.

II

El barroco español es época de fuertes contrastes: religiosidad y sensualidad, picaresca y quijotismo, miseria y esplendor... El hambriento pueblo español, muy dado a las galas, gustaba de mostrar su magnificencia manteniendo una grandiosa y honorable imagen traducida, entre otras cosas, en la posesión de un gran número de criados. El hidalgo español no era tal si no contaba —al menos— con un lacayo que le acompañaba allá donde fuese. ¿Y qué decir de los aristócratas? No es raro que Felipe IV intentase en 1623 disminuir el número de criados que podían tener los grandes nobles. Entre esta caterva de servidores se contaban las dueñas.

Con rigurosidad, las dueñas pertenecían a la servidumbre, aunque realmente su papel fuese algo especial a tenor de tres caracteres: funcional, personal y socio-moral. Respecto al primero diré que teóricamente su función era clara: debía servir a la joven dama. Sin embargo, tal menester se dirigía más a su protección y cuidado que a su asistencia material. De ahí que su utilidad funcional recordaba una especie de pupilaje guardián.

Personalmente, las dueñas son mujeres cuya vida parece constituir un modelo repetitivo³: clase social alta venida a menos, bien educada, viuda y de edad avanzada, lo que (según nuestros literatos) trae consigo desgarbo, fealdad y ser algo así como el antídoto lúbrico por excelencia. Leemos: «... no es posible que una dueña toquiblanca, larga y antojuna pueda mover ni levantar pensamiento lascivo en el más desalmado pecho del mundo. ¿Por ventura hay dueña en la tierra que tenga buenas carnes?...»⁴. En efecto, aparte de no poseer atractivo estas mujeres vestían de un particular modo que restaba donaire a su ya mínima gracia: largas tocas blancas, en ocasiones retorcidas⁵, así como oscuros mantos que las cubrían de pies a cabeza.

Por otra parte, no creo que haya personaje más atacado y vituperado en nuestras letras que la dueña: «enfadosas e impertinentes»,

«fruncida y melindrosa»⁶, «chismosas», «funestas y deshombradas»⁷ son los epítetos más suaves. Siguiendo las obras de la época podemos inferir que tal estado de opinión era conocido por las interesadas que pensaban no dejaba de constituir un agravio comparativo («también nos parió nuestra madre como a las otras mujeres») e incluso una injusticia social: «... abatido género dueñesco, abominado de boticarios, murmurado de escuderos y socaliñado de pajes; que mal halla la bellaca que en la flor de su edad no se metió primero a ser monja que a dueña. ¡Desdichadas de nosotras las dueñas, que aunque vengamos por línea recta, de varón en varón, del mismo Héctor el troyano, no dejarán de echarnos un vos nuestras señoras, si pensasen por ello ser reinas!»⁸.

Este angustioso grito de la doña Rodríguez cervantina trae a colación otro dato: la dueña es rechazada por todos, incluso por la dama a quien sirve. Tan aparte está de las personas normales que de ella se dice: «La dueña no es mujer ni hombre, sino otro animal aparte». Efectivamente, el llamado género dueñesco parece ser neutro, algo aparte: ni hombre ni mujer⁹, «ni carne ni pescado», matizó Quevedo, aunque, a veces, el género femenino y masculino se aúnan para crear peor epíteto: «demonias hembras», dice de ellas Vélez de Guevara. La dueña atrae en su persona los peores vicios, los más fuertes insultos; son un peligro para la honra¹⁰, puesto que ellas no la tienen¹¹; avaras, hipócritas y tan inmorales que «no habrá traición que no intenten, fealdad que no soliciten, sangre que no saquen, castidad que no manchen, limpieza que no ensucien, ni maldad con que no salgan...»¹².

Entre tan malas opiniones podemos entresacar un punto común: el ámbito amoroso en que se mueve la dueña. Ya he comentado que su principal función era cuidar de su joven ama; ahora bien, teniendo en cuenta que las primeras necesidades las cubrían otro tipo de siervos (cocinera, doncella, criadas diversas, etc.), ¿en qué consistiría su cuidado? Parece obvio que sus desvelos debían dirigirse a salvaguardar de peligro a la jovencita, amenaza que se cernía, sobre todo, en su propia honra y en el honor y buen nombre de la familia. Evidente es, por tanto, que el oficio de la dueña se desarrollaba al compás de los amores de su señora. Ella debía protegerla, ampararla y defenderla evitando así que la inexperta joven cometiera un grave error que manchase el buen nombre de su casa y linaje.

Dada tal función es lógico suponer que las dueñas llegasen a una cierta complicidad con sus amas cambiando su papel de *vieja guardiana* por el de tierna connivente. Y, sin embargo, tan agradable papel no lo tienen las dueñas, sino determinadas criadas: sirvientas de edad similar a sus amas que posiblemente —así al menos lo reiteran nuestras letras— sufrieran igualmente del «mal de amores». La dueña, por tanto, es la parte negativa de la relación amorosa, el escollo que hay que vencer, el estorbo al que hay que engañar si se quiere llegar a la mujer de los sueños. A pesar de ello, en ocasiones, la dueña participa del desarrollo de unos amores llevando cartas, dando consejos,

concertando citas, es decir, portando en sí la función de una joven doncella. Se podría pensar que, en este último caso, el papel de la dueña merece algún halago y, sin embargo, sucede lo contrario: este es el peor papel, esta es la dueña con visos de alcahueta. Así dice el galante Quijano: «...dígame, señora doña Rodríguez..., ¿por ventura viene vuestra merced a hacer alguna tercería?»¹³.

En efecto, el papel de la dueña vuelve a trastocarse: allí donde la joven criada es fautora elegida ella es obstáculo soportado, la agradable complicidad de la primera se transforma en desagradable alcahuetería. ¿Cuál puede ser la razón? En principio, podría estar en la descripción socio-cultural de papeles: a la edad, sexo y condición de la dueña le corresponde un rol específico declarado socialmente como pasivo; la dueña ha de mantenerse —al igual que se exige a una madre¹⁴— detrás de la escena. Ha de cuidar de la joven, pero aceptando que ella se dedique al verdadero amor. Deberá ser cómplice pero no entrometida, permisiva pero no licenciosa, disimuladora pero no hipócrita, deberá ser precisamente lo que no es: una mujer de tipo preciso.

En otro sentido, las dueñas parecen marcadas por una característica que les es propia: el síndrome del *ni* y el consiguiente del *entre*. Recordemos: la dueña ni está soltera ni casada, ni es doncella ni es esposa, lo que no es muy recomendable en época de teórico poderío varonil. La dueña, que ha estado casada, ni tan siquiera tiene hijos (varones, claro es) que la protejan o éstos, sencillamente, no conviven con ella. Igualmente su condición social sigue esta regla: ni es criada ni es señora (pero sirve a una aun siendo de buena cuna), ni lleva vestido normal ni es religiosa (es seglar en hábito y toca). Esta categoría del *ni* nos conduce a ver que la dueña siempre está *entre* estructuras: casada y soltera, dama y sirvienta, ilustre cuna y oficio bajo, seglar y religiosa. Su papel no es, pues, *ser*, sino *estar* entre unos y otros; ella es lo lábil y escurridizo, lo incomprensible e incontrolable. Ella es la entre-estructura indefinida que la sociedad desecha y rechaza.

Sin embargo, hemos visto que cuando la dueña trata de definirse (a favor por ejemplo de la mocita) es cuando más se la rechaza y se la incluye bajo una denominación tan «fuerte» que más que categoría es insulto: las dueñas son celestinas a domicilio. Veamos qué podemos conseguir con tales mujeres.

III

Ya Ovidio en su *Ars Amatoria* diseñó los rasgos fundamentales de una alcahueta aunque, sin duda, para los hispanos pronunciar esta palabra es recordar a la vieja Trotaconventos de Juan Ruiz, a la Celestina de Rojas y, en la época que nos ocupa, a la Gerarda o la Fabia de Lope de Vega.

Tales mujeres son tanto recurso literario como agentes vivos y casi entrañables del barroco español. En 1572, el arzobispo de Granada decretó que las alcahuetas primerizas debían ser castigadas a hacer penitencia en la puerta de la iglesia coronadas con una mitra; y si reincidían debían recibir, en público castigo, doscientos latigazos y un exilio mínimo de dos años. El 9 de julio de 1656 refiere Barrionuevo cómo prenden y castigan a Isabel de Urbina «por alcagüeta y remendadora de doncellajes desgarrados». Tales modelos reales fueron pulidos y recreados por las mejores plumas barrocas¹⁴ entre las que, a mi parecer, destacó la del ingenioso fénix quien con Fabia y especialmente con Gerarda¹⁵ remató la estereotipada imagen de la celestina. Mas, ¿qué es una alcahueta?

La palabra en sí es portadora de amplia semántica y voceadora tanto de funciones como de personalidades. El término suscita recuerdos de nombre propio y específico: la Trotaconventos que rápidamente se generaliza y se aplica a cualquier mujer que hace de correveidile en asuntos amorosos. Igualmente el denotativo celestina sustituye a la denominación de oficio (alcahueta) y crea un prototipo de tal amplitud que el significante sobrepasa al significado. Así, pues, alcahueta (oficio), trotaconventos y celestina (antes nombres específicos) son sinónimos e intercambiables significativos. Ahora bien, ¿qué hace una mujer de tal nombre? Si consultamos en nuestros diccionarios vemos que de las muchas acepciones y definiciones que de tales palabras ofrecen se entresaca un dato común: se refiere tal menester a encubrir «trato carnal entre hombre y mujer» o bien la alcahueta «sonsaca a una mujer para usos lascivos con un hombre o encubre o concierta esta ilícita comunicación»¹⁶.

Tenemos, por tanto, un primer dato: las alcahuetas siempre están relacionadas con el amor que por otra parte y al menos en sus comienzos parece ser un amor-pasión. Si seguimos a algunos autores podemos descubrir más datos: las celestinas son (mayoritariamente) mujeres de edad avanzada y viudas¹⁷ o, al menos, sin hombre que cuide de ellas. Esta situación hace que tales mujeres deban ganarse la vida mediante diversos oficios que tienen dos puntos en común: siempre se relacionan con el mundo femenino y, a la vez, permiten una gran movilidad; como ejemplo: vendedoras de perfumes, cosméticos, puntillas y encajes, depiladoras, etc. Tales menesteres trae consigo algunas consecuencias de interés. Primero, producir un gran conocimiento del alma femenina; segundo, permitir libertad de movimientos que, por lo general, sirven a la perfección para llevar recados de una casa a otra y, en tercer lugar, el oficio conlleva licencia para entrar en un hogar difícilmente conseguible con otra tarea¹⁸. Parece obvio que el reducido mundo de la mujer podía, en casos, necesitar apertura y si ella no quería abrir por sí misma horizontes, la lengua de la celestina de turno hablaba por ella y sus pies llevaban los mensajes que el deseo de la dama decían. El amor no correspondido, la pasión y la curiosidad podían ser buenos motivos para abrir las puertas a estas viejas.

Vamos viendo que dueñas y celestinas tienen puntos en común: son de edades avanzadas, viudas y deben buscarse el sustento mediante un oficio que siempre se relaciona con el mundo de la mujer y el amor. De unas y otras leemos opiniones atroces que informan de su malevolencia, hipocresía, egoísmo y maledicencia. A veces, los papeles son tan intercambiables que un personaje de Lope dice de la alcahueta de turno: «Y aún pienso que podrá Fabia/servirte en forma de dueña»¹⁹.

Sin embargo, y a pesar de que se pueda leer «táimada vieja», o «vieja desollada», o «bellaca», o «hipócrita mujer» e incluso, «¿eres demonio o mujer?» refiriéndose a las alcahuetas, nunca he encontrado palabras tan fuertes como las siguientes dirigidas a las dueñas: «¡Oh, sobrescrito de Bercebús, pinta de Satanases, recoversa de condenaciones, encañutadora de personas y enflautadora de miembros, encuadernadora de vicios, guisandera de los placeres, lucero de los diablos mundanos, que vienes siempre delante y amaneces las lujurias»²⁰. Y, en realidad, parece que debería ser justamente lo contrario; es decir, el rechazo habría de ser total para la alcahueta sobre todo si nos fijamos en otro de sus caracteres.

Antes de comentar cómo las terceras poseían un oficio que les permitía ir de casa en casa. En *El Caballero de Olmedo*, una de las heroínas pregunta sobre el contenido de la canastilla que la vieja lleva al brazo. A la pregunta, Fabia responde: «Polvos de dientes, jabones de manos, pastillas, cosas curiosas y provechosas»²¹. En efecto, utensilios de provecho son los papelillos de alcanfor y solimán que Fabia utiliza, o las muelas de ahorcado que busca con ahínco. Igualmente, el caso de Gerarda es explicativo, su cestillo contiene curiosidades de este tipo: «Receta para dar sueño a un marido fantástico», «oración para la noche de San Juan» o bien «jarabe famoso para desopilar a una preñada dentro de nueve meses, sin que lo entiendan en su casa». Esta buena mujer igual pone «una rosa de Jericó» y una «nómina de reliquias» sobre una parturienta, como ve, «grandes cosas en un orinal de vidrio» o conoce un vino que «resuelve los malos humores y quita las ventosidades (y) es bueno para los que tienen crudezas en las venas y en otras partes». Tales detalles vocean tanto las cualidades y conocimiento de Gerarda como la *Weltanschauung* hispano-barroca²². Son primorosos detalles de una época en la que el misterio, la maravilla y lo anatural formaban la cotidianidad de cualquier persona.

Por otra parte, y a pesar de que este culto a las recetas prodigiosas eran tema y cuestión de todos los días, existían personas que recorrían los caminos a golpe de ensalmos, pócimas y fórmulas de brebajes. Entre esta heterogeneidad de lo prodigioso destacaban las mujeres que practicaban el arte mágico. No es lugar éste para ahondar en lo que tal concepto representó en la época²³, simplemente anoto aquí que las distintas acepciones, representaciones, funciones y creencias sobre la magia elaboraron toda clase de estereotipos y un *corpus* de actitudes mentales dignas de estudio.

Con tales premisas no es extraño que en ocasiones, la figura de la

alcahueta se cubra de los trazos, más o menos velados, que caracterizan a otro tipo de mujer: la bruja. Desde luego los epítetos dirigidos a las terceras nos acercan al síndrome brujeril; en el acto segundo, escena primera, de *La Dorotea*, por ejemplo, por tres veces se hace clara alusión a los conjuros de Gerarda o a su verdadero oficio, y la idea de su menester se repite tan de continuo en la obra (ante el inocente comentario de un viaje, a Gerarda preguntan si lo realizó «¿en coche o por el aire?») que incluso la afectada debe declarar «en verdad que no soy hechicera», deposición que, según el desarrollo de la obra, nadie debe creerse. Ahora bien, si en la época gran número de personas conocen modos de sanar, si las recetas de Gerarda —por ejemplo— son coreadas por otros tantos personajes, ¿por qué estas mujeres son consideradas brujas?

Antes he comentado cómo las alcahuetas tienen en su haber recetas que igual valen para un dolor de estómago como para uno de muelas; las sanaciones diversas son, pues, parte importante de su oficio. Sin embargo, leamos detenidamente los párrafos siguientes²⁴:

- Gerarda: Me voy a visitar de camino a una doncella que tiene necesidad de mí.
Laurencio: No debe estar satisfecha de lo que es.
Gerarda: Hermano Laurencio, hacer bien nunca se pierde. Está afligida la pobrecita; que es mañana la boda, y creo que se descuidó con un paje.

El diálogo advierte dos cosas respecto a Gerarda. Primeramente, su práctica como tercera y el consiguiente mal oficio de ayudar a perder la honra (de ahí las palabras de Laurencio, la moza no quería ser doncella). En segundo lugar, la habilidad para recomponer la virginidad física de las muchachas en la que Gerarda es tan artesana que explica: «Lo que le sucedió antes de casarse ha sucedido a muchas; y para eso estaba yo en el mundo; que en verdad no lo echó de ver su marido, aunque no era bobo»²⁵.

Parece obvio que tales mujeres tienen en su haber conocimientos especiales que permiten «remendar» una honra descompuesta y que nos indican por otra parte, que tales saberes ya no son del común de las gentes. Sin embargo, las brujas históricas, visitadoras de aquelarres, hambrientas de niños e insaciables de sangre y dolor parecen alejarse de seres como Gerarda o Fabia. Bien es verdad que se les llama demonios o se afirman poseen manos de Lucifer, que más o menos veladamente se comentan sus tratos con el diablo o sus vuelos nocturnos. ¿Qué ocurre entonces con ellas? ¿Cómo desandaremos la ruta seguida por dueñas y alcahuetas? ¿Qué son unas y otras? Si la dueña es alcahueta y ésta es bruja, si la alcahueta no es dueña y ésta es servidora maléfica, si una y otra se intercambian y a la vez se diferencian, ¿ante qué estamos? Recapitulemos ayudándonos de algún texto.

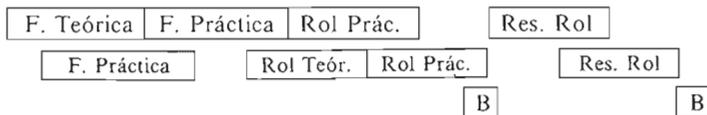
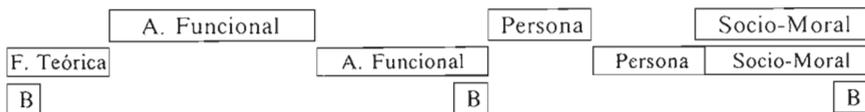
IV

En *El Caballero de Olmedo* he leído las mejores frases en relación a la dueña y la alcahueta. En el acto tercero, don Rodrigo, muy enojado, exclama:

«¡Qué honrada dueña recibió en su casa
don Pedro en Fabia! ¡Oh, mísera doncella!
Disculpo tu inocencia, si te abrasa
fuego infernal de los hechizos della.
No sabe, aunque es discreta, lo que pasa,
y así el honor de entrambos atropella.
¡Cuántas casas de nobles caballeros
han infamado hechizos y terceros!
Fabia, que puede trasponer un monte;
Fabia, que puede detener un río,
y en los negros ministros de Aqueronte
tiene, como en vasallos, señorío;
Fabia, que deste mar, deste horizonte,
el abrasado clima, al Norte frío
puede llevar un hombre por el aire,
le da liciones: ¿hay mayor donaire?»

Las líneas son expresivas, Fabia pasa de ser dueña a tercera y de aquí a bruja en unos instantes. Y, como norma habitual, el honor, la honra e incluso el amor quedan en entredicho. Lógicamente, si la dueña y la alcahueta son papeles intercambiables y, al menos potencialmente, transformables en el de bruja debían tener (los tres) iguales categorizaciones y, sin embargo, recordemos que, popularmente, el primero es el más rechazado. Aún más: si la dueña protege la honra en un pueblo en que se mataba por honor, debía tener un especial reconocimiento. Por otra parte, si la dueña, incumpliendo su tarea, «deshonra» (o al menos ayuda a hacerlo) una casa, no hace más que el oficio al que acostumbra la alcahueta. Finalmente, si esta última se aproxima al rol de hechicera (el peor insulto a una mujer, leemos en *La Dorotea*), persona totalmente rechazada, es obvio que debía ser la alcahueta y no la dueña el tipo femenino más repelido. Y, sin embargo, repito, no es así. ¿Qué ocurre, por tanto, con ambas? Anotemos semejanzas y diferencias en forma gráfica antes de continuar.

	DUEÑA	ALCAHUETA
Función teórica	<ul style="list-style-type: none"> — Servir — Cuidar — Guiar 	<ul style="list-style-type: none"> — Vendedora — Depiladora — Trabajos ambulantes
Persona	<ul style="list-style-type: none"> — Nivel alto — Educada — Anciana — Desgarbada — Fea 	<ul style="list-style-type: none"> — Nivel bajo — Popular — Anciana — Desgarbada — Fea — Amor
Socio-moral	<ul style="list-style-type: none"> — Chismosa — Hipócrita — Avara — Malvada 	<ul style="list-style-type: none"> — Chismosa — Hipócrita — Avara — Malvada
Ambito Funcional	<ul style="list-style-type: none"> — Casa/Calle — Dentro/Fuera 	<ul style="list-style-type: none"> — Calle/Casa — Fuera/Dentro
Función Práctica	<ul style="list-style-type: none"> — Dishonrar — Desproteger — Hacer tercerías 	<ul style="list-style-type: none"> — Ayudar en la «honra» — Recetas brujeriles — Hacer tercerías
Rol Teórico	<ul style="list-style-type: none"> — Madre/guardián 	<ul style="list-style-type: none"> — Celestina/correveidile
Rol Práctico	<ul style="list-style-type: none"> — Celestina/correveidile 	<ul style="list-style-type: none"> — Sanadora — Remediadora — Bruja
Resultado del Rol	<ul style="list-style-type: none"> — Dishonra 	<ul style="list-style-type: none"> — Ayuda
Categoría Práctica	<ul style="list-style-type: none"> — Anti-ideal absoluto (Negativo) 	<ul style="list-style-type: none"> — Exaltación del placer, la vida, el amor, el gozo (Positivo)



Dueña

Alcahueta

Bruja (tan sólo reseño alguna categoría mencionada por no ser tipo estudiado)

Recordemos un planteamiento anterior: la dueña se encuentra afectada por lo que hemos denominado carácter del *ni*. Igualmente tengamos presente que su naturaleza lábil le obliga a situarse *entre* estructuras. Este ser *a caballo de*, este estar aquí y allí, su no pertenecer ni a esto ni a aquello, le dotan de una esencia especial (un espíritu *u-topos*) y diversa según se apoye o acerque a uno u otro polo estructural. Ella es criada mientras sirve, dueña mientras guarda, tercera mientras «ayuda», alcahueta mientras «negocia»... finalmente es rechazada siempre. Y, quizá, la razón, o al menos alguna de ellas, bien pudiera ser su adscripción al hogar y su anómica naturaleza estructural. De otro modo: la dueña vive en la casa y es (al menos en teoría) persona allegada a la familia. Si a ella se le confía lo mejor, lo más venerado y custodiado, si ella ha de guardar lo máspreciado de un linaje, parece obvio que tenga un papel más íntimo, más entrañable que una criada vulgar. Sin embargo, ella, que está dentro, es quien más pone en peligro la honra familiar. Las opiniones, las actitudes, las palabras y los valores que existen respecto a estas mujeres están caucionando sobre el peligro interno, avisando a la familia que el riesgo que se prevé fuera se halla escondido dentro, en una mujer vieja y escurridiza en la que, inocentemente, se ha confiado.

Por otra parte, las dueñas, a las que ya hemos visto en su labilidad estructural, son seres cuya naturaleza tampoco se adapta a la norma. En efecto, las mujeres de buena cuna, y más aún si eran viudas, debían recluirse en el ámbito del hogar o del convento. Las dueñas, evidentemente, no sólo no obran de tal modo, sino que algunas incluso se convierten en personillas trononas de calles, paseos o lugares especialmente frecuentados por jóvenes. Por otro lado, estas mujeres parecen serlo sólo de nombre: su fealdad, su vejez, su vestimenta y su desamor le alejan no sólo del ideal femenino, sino de la simple y llana mujer. Y es interesante constatar que las dueñas pocas veces hablan de sus amo-

ríos, ya sean éstos de juventud o madurez. En realidad parecen así constituir un raro engendro que nace ya siendo eso: dueña y, por tanto, desagradable. Así pues, estos dos caracteres conforman de modo específico a la dueña: su labilidad y su anomia son, por así decirlo, sus grandes estigmas. Y, sin embargo, tales características nos llevan a considerar que socialmente son la representación cultural del mal interno, y la falta de orden y estructura. Ese es el mensaje: la necesaria adaptación a la norma, a la costumbre, al papel exigido, a la cultura.

Pasemos ahora a la alcahueta. Antes he mencionado que su papel es, de por sí, escurridizo; ya que de alcahueta a bruja no hay más que matices de intención. ¿Por qué, sin embargo, está más aceptada que la dueña?

Evidentemente, la palabra bruja trae al recuerdo evocaciones de aquelarres, orgías nocturnas e incluso horribles crímenes de matiz demoníaco. Obvio es decir que tan diabólicas escenas no concuerdan con la imagen celestinesca. Se produce, a pesar de la conexión de nombres, una total ruptura entre una y otra significación que, por otra parte, sólo es válida en una de sus direcciones; es decir, a veces alcahueta puede significar bruja. Esta última casi nunca nos lleva a la primera. O, dicho de otro modo, alcahueta y bruja son imágenes anamórficas. Y esta anamorfosis sólo puede soslayarse si miramos a la alcahueta y a la bruja bajo la perspectiva del saber. Volvamos a la etnografía y recordemos lo que antes comentaba: la celestina-bruja *sabe* y, además, eso parece más importante, ayuda. Los datos lo confirman una y otra vez, ya sean en ficción o en la realidad estas mujeres *saben* recetas, preparan ensalmos, *enseñan* oraciones, *ayudan* de múltiples maneras a quien a ellas acude.

Las diferencias entre alcahueta y dueña se van perfilando: su ámbito funcional es distinto (dentro/fuera), su oficio o función teórica, diferente (servir/vender) y si bien su interés (función práctica) puede ser el mismo o su carácter sociomoral, muy semejante, hay algo esencial en la alcahueta (persona) que le dota de una valoración (categoría práctica) positiva: disfruta con el amor. En efecto, la tercera siempre es una mujer que de joven gozó de la vida, los hombres y el amor. Es una vieja añorante de juventud y las «locuras» que le son propias. Es una mujer que se complace aconsejando sobre un amor sin sujeción a la norma. Es aquella persona que da rienda libre al apetito sensual, el deseo y la pasión²⁷. Es, en definitiva, tan buen producto barroco que *La Celestina* se transformó en configuración mítico-cultural reflejo de la exaltación de la sensualidad, el placer y el gozo de y por la vida.

Y como tal mujer de su época la alcahueta es pícara y sensual, dadivosa y avara, pecadora y religiosa, pero, al fin y al cabo, es una mujer viva que, a pesar de sus hipocresías, a nadie engaña desde el momento en que, con ella, casi todos saben a qué carta quedarse. En realidad, la tercera puede ser depiladora, vendedora o bruja, pero siempre se conoce su lugar, ella es una persona fija y determinada, con

unas características concretas que le dotan de una realidad cultural. Por el contrario, la dueña más que persona es oficio, más que existencia es elaboración; ella es la entre-estructuras, el anti-ideal, una percha cultural donde se cuelgan todas y cada una de las notas rechazables. No se la quiere, se rechaza, se la odia precisamente por no poder catalogarla. Si la alcahueta representa un tipo de mujer, la dueña refleja un carácter, una función, un paradigma moral; ella es esclava de su propia creación cultural.

V

A lo largo de estas páginas hemos pasado de unos personajes literarios a una formulación del canon moral de un grupo humano y a la representación de valores de alcance universal. Deseo finalizar este artículo con algunos apuntes que ayuden a fortalecer el marco que sujeta nuestro barroco cuadro de mujeres-tipo. En concreto me referiré, muy sucintamente, a la íntima relación entre Antropología Social e Historia.

Tenemos los hispanos un verdadero caudal de cerebros que zambulléndose de lleno en un estudio histórico llegaron a la orilla de la significación y categorización antropológica. Nombres anónimos o marcadamente conocidos como Cervantes o Calderón o, aproximándonos al pasado, plumas e inteligencias vivaces como Menéndez Pelayo, Azorín, Costa, Ortega o Unamuno, crearon y recrearon arquetipos humanos de honda formulación antropológica (el Cid, Lázaro de Tormes, Don Quijote, Segismundo), trascendentes de símbolo y significado en unos, saturados de propósito de pasado como creación cultural en otros.

En justa reciprocidad la antropologización de la historia también ha sido tarea de gran parte de la élite de nuestra disciplina. Algunos antropólogos muestran la historia como un componente de la tradición cultural de un pueblo y operativo, por tanto, en su vida social. De otro modo: al considerar la Antropología Social como una historiografía, al sentirla y pensarla netamente enraizada en la Historia, desnundan de exterioridad el hecho histórico para extraer su hondo significado humano; su meta no es sino sacar a la luz el dato histórico para observar, con lupa antropológica, el espíritu y sentimiento del pasado. Ellos, desde la Antropología, hacen intra y metahistoria.

Desde esta vertiente podemos considerar la Historia y la Antropología como las dos caras de una misma moneda. Todo antropólogo conoce que el hombre es un ser de pasado en el presente; que las voces que oímos en un momento dado suenan con ecos de lejanías; que la experiencia de hoy es una acción del ayer; que el pasado se recuerda, se olvida, se plantea, se permuta, se interpreta y re-interpreta según el valor y significado del presente. Igualmente nuestra disciplina enseña que el aquí y el ahora, el gesto, el tono, la mirada, la sonrisa y la

palabra que entibia el ambiente del grupo seleccionado son primordiales si queremos llegar a desvelar el significado de sus ideas, valores, sentimientos, creencias, vivencias y acciones, si deseamos, en una palabra, interpretar significativamente su *modus operandi* y su *modus loquendi*.

Por otra parte, nos acercamos al pasado, nos codeamos con la historia, por medio de un documento, a través de un texto que, en sí y por sí, no puede transmitirnos mensaje alguno. Así pues, ardua tarea la muestra, ya que tan sólo interpretándolo podremos, primero, soslayar la mudez textual y, segundo, hallar en él significación antropológica. Y no acaba ahí nuestro trabajo, sino que la esencia incierta del pasado, la interpretación plurivalente del texto como símbolo, nos obliga, en alarde de sensibilidad imaginativa, a elaborar el sentido, a re-atribuir el valor, a re-crear y re-construir la historia en tanto que las figuras que aquí hemos elegido no significan por sí sino son representación de; no aportan datos cuantificados y cuantificables, sino formas y modos de significación.

Esa parece ser una de las paradojas, o mejor llamarlo reto, a la que nos enfrentamos: conjugar la unicidad y la diversidad, la singularidad y pluralidad, el alma sancho-panza y el alma-quijote del ser humano y hacerlo, además, conjugando melodiosamente con la partitura de su ayer y su hoy, llevando sobre el pasado la crítica reflexiva de nuestra experiencia actual. Moviéndonos con el curso del tiempo, alejándonos del sujeto en valores, vivencias, prejuicios, experiencias, etc., sin perder por ello nuestro presente y tamizando el conjunto por el quehacer antropológico recuperaremos gran parte de nuestra historia y, por tanto, de nuestro ser cultural. Porque eso somos en definitiva, una irrompible unión de lo que fuimos y de lo que seremos, un continuo enlace presente del pasado y del futuro.

NOTAS

¹ Calderón en *Gustos y disgustos no son más que imaginación* (I, 12), en *Cuadernos Sociales*, 33-34 del Instituto de Sociología Aplicada de Madrid y en ISAMA, 1989.

² En: *Espacios femeninos en el Barroco y Mujer y Demonio: una pareja barroca*.

³ La más amplia «autobiografía» de una dueña la he leído en el capítulo XLVIII de *El Quijote* (II parte). En la edición de Alhambra (1979) que manejo corresponde a las pp. 406-408.

⁴ *Idem.*, 405.

⁵ Cervantes, por ejemplo, repite tal «repulgamiento» de tocas en *El Quijote* y en *El celoso extremeño*.

⁶ *El Quijote* (II), cap. 37, p. 325.

⁷ Tales epítetos pertenecen a la pluma de Quevedo.

⁸ Ambas citas las tomo de *El Quijote*, o. c., pp. 343 y 344.

⁹ Calderón, *Guárdate del agua mansa* (I, 15) repite la idea anterior, que corresponde a II, 9 de *Gustos y disgustos no son más que imaginación*, al escribir: «¡Ay, señor tío! ¿Qué es esto?/¿Trajisteis este animal/De las Indias? que no creo/Que es hombre ni mujer, y habla./Es dueña/¿Y es mansa?».

¹⁰ «¿Qué honra —dijo la dueña— el rey tiene harta?». *El celoso extremeño*, p. 52.

¹¹ «Sabrá vuesa merced, señor mío, que en Dios y en mi conciencia todas las que estamos dentro de las puertas de esta casa somos doncellas como las madres que nos parieron...». *Idem.*, p. 57.

¹² Mateo Alemán, *El Guzmán de Alfarache*, 1.^a parte.

¹³ *El Quijote*, o.c., p. 404.

¹⁴ Cervantes o Quevedo, quien incluso hace que la madre de Pablos sea del oficio, son un buen ejemplo.

¹⁵ En *El Caballero de Olmedo* la primera y en *La Dorotea* la segunda. Tiene alguna referencia en otras obras como, por ejemplo, en *La noche de San Juan*.

¹⁶ Las citas las tomo del Diccionario Enciclopédico Ilustrado de la Editorial Sopena, 1964.

¹⁷ Tal es el caso en la realidad y en la ficción. Gerarda dice tener 80 años y haber perdido a su marido. Barrionuevo comenta el caso de la Margaritona «famosa alcahueta... (que)... tiene 88 años».

¹⁸ Tal vez estas tres características se resumen en el siguiente diálogo que establecen tres mujeres al respecto de una vieja trotaconventos: «(Inés) Pues, ¿quién es esa mujer?/(Ana) Una que suele vender/para las mejillas grana/y para la cara nieve,/(Inés) ¿Quieres tú que entre Leonor?/(Leonor) En casas de tanto honor/no sé yo cómo se atreve,/que no tiene buena fama/mas, ¿quién no desea ver?/(Inés) Ana, llama a esa mujer», Lope de Vega en *El Caballero de Olmedo*, p. 17. Utilizo la undécima edición de la Colección Austral. Espasa Calpe, 1988.

¹⁹ Tello a doña Inés en la obra anteriormente citada, p. 45.

²⁰ El párrafo de la obra de Quevedo, *El entremetido, la dueña y el soplón*. Lo he copiado de la página 134 de *La mujer, la casa y la moda*, de don José Deleito, publicada en 1946 por Espasa Calpe.

²¹ O. C., p. 20. El original está versificado.

²² En efecto, tales conocimientos no sólo los posee Gerarda, sino que son del dominio público. Remito, por ejemplo, al acto tercero, escena tercera, en el que don Bela ofrece sus «recetas».

²³ Para una primera aproximación al tema puede verse «De arte mágico» en *Antropología Social y Hermenéutica*, de don Carmelo Lisón Tolosana (F.C.E., 1983).

²⁴ Corresponden a la escena tercera del acto tercero de *La Dorotea* en la edición que utilizo es la página 107.

²⁵ Escena sexta del acto cuarto, página 179.

²⁶ El ingenio de Lope vuelve a intercambiar los tres conceptos en *El ruiseñor de Sevilla*: «¿Hay tan cruel melecina,/ Como ver a una ventana/ Una esclava o dueña anciana/ Entre bruja o celestina?».

²⁷ Gerarda, por ejemplo, refiere, con gran estilo, tanto sus huidas del hogar matrimonial como sus engaños al marido (págs. 84-85 de la o.c.). Por su parte, Fabia (o.c., pág. 19) comenta: «... yo os prometo/que fue tiempo en que tenía/ mi hermosura y bizarría/más de algún galán sujeto./¿Quién no alababa mi brío?/¡Dichoso a quien yo miraba!/Pues, ¿qué seda no arrastraba?/¿Qué gasto, qué plato el mío!/ Andaba en palmas, en andas./Pues, ¡ay, Dios!, si yo quería,/¿qué regalos no tenía/ desta gente de hoplandas?».

